

corazón; que le falta vuestra bendición, que os espera en la comida de despedida de soltera que se celebrará pasado mañana y por último que jamás se perdonará el haberos dado un disgusto.

—Eso demuestra que comprende sus errores.

—Ya veremos; no aseguró ni afirmé nada, pero ya veremos.

—Papá, dime que la perdonas y la enviaré á buscar en seguida.

—¡Cómo, tan pronto!... No, no.

—¡Te lo suplico—dijo Marta, acercando su cara á los labios del padre.

Este la miró un instante enternecido y después, cogiéndole la cabeza entre sus manos la cubrió de besos.

—Sea, dijo,—mientras que Marta apretaba el botón de un timbre eléctrico.—La perdono porque tú me lo pides y porque es ella quien ha cometido la falta; pero ten en cuenta que si tú me hicieras alguna vez una cosa semejante no te perdonaría nunca.

Marta volvió á tocar el timbre. Miguel palideció; esta alusión al casamiento posible de Marta le pareció de mal agüero, y no hacía más que mirar al padre y á la hija. Sus semblantes no expresaban nada de particular—únicamente Marta se sonrojó un poco.

—No hemos llegado á eso—contestó ella doblando un papelito en el que había escrito cuatro líneas con lápiz. Lleve usted esto á la señorita Sofía Adamovna—dijo al criado que acababa de presentarse.

Si el señor Milaguine no bailó una gavota durante la boda de su sobrina, fué únicamente porque Sofía no intentó la propuesta.

V

Los días transcurrían y el tiempo era espléndido; los grandes hielos del lago Ladoga, fraccionados en grandes masas, iban derivando hacia el Báltico; de San Petersburgo emigraban las familias pudientes buscando en el campo ó en las playas el fresco que en la ciudad faltaba; Miguel esperaba á su padre dentro de un mes y el señor Milaguine, que tenía resuelto marcharse de un día á otro, viendo despoblarse el círculo de sus relaciones, acudió al trato de los jóvenes que obligados por sus deberes tenían que permanecer en San Petersburgo.

Marta y Miguel habían llegado á una especie de inteligencia tácita; los que eran testigos de sus conversaciones no notaban entre ellos signo alguno de amorosa intimidad; todos los jóvenes que frecuentaban la casa de Marta eran acogidos con idéntica atención familiar; pero cuando Miguel se aproximaba á Marta, siempre encontraba á su lado una silla desocupada, y cuando las visitas marchaban, siempre era Miguel el último en despedirse y el último en apretar la mano de su adorada.

Una noche que entró Averief en un saloncito apenas alumbrado y lleno de maletas y ropa blanca, vió á Marta que se dirigía á él. El comedor, que estaba inmediato, aparecía inundado de luz y de animación; el saloncito, en cambio, desierto y oscuro, diríase poblado de fantasmas blancas. La misma Marta, con un traje gris pálido, parecía una sombra flotante. Cuando reconoció á Miguel se acercó con más confianza.

—Mañana nos vamos—dijo—Pasado mañana es

mi cumpleaños; tomaremos el tren de cremallera de Kamennos. ¿Usted vendrá, verdad?

Seguramente—respondió Miguel tendiéndole la mano.

Estaban solos: los del comedor no prestaban atención á esta pareja. ¡Cuántas veces había estado Miguel esperando, sin resultado, este minuto de soledad! Retuvo la mano de la joven entre las suyas.

—Marta—le dijo á media voz,—espero que pronto... Un ruido apenas perceptible le interrumpió; volvió la cabeza, pero no había nadie.

—Tengo que hablaros y usted me dirá...

—Nos espían—dijo de repente Marta alzando la voz lo suficiente para que pudiese ser oída desde cualquier sitio del salón.

Este «nos» fué una contestación explícita, ó por lo menos Marta lo quiso significar así, pues retirando su mano de entre las de Miguel la llevó á sus ojos como si quisiera evadir las miradas del joven.

—Gracias—murmuró éste en tono tan bajo que ella solamente pudo entenderlo.

Cuando entró en el comedor, lleno de luz y de animación, se volvió hacia Miguel y lo miró fijamente. Loco de alegría, leyó éste en sus ojos que su amor era correspondido.

La noche transcurrió como en un sueño.

Cuando se despidieron, estrechó la mano de Marta, no en señal de amistad, sino como dándole á entender que tenía que decirle un secreto, y la mano de Marta pareció manifestar la aquiescencia de su dueño.

Cuando se levantó Miguel al día siguiente, recibió una carta y un telegrama. El telegrama, firmado por Pablo Averief y expedido en Menton, no decía más que lo siguiente: «No pierdas un minuto».

Sorprendido, rasgó el sobre de la carta que era también de su hermano; la carta cuya fecha era tres días anterior á la del telegrama, estaba concebida en estos términos.

«Querido hermano. Solamente á ti me atrevo á confiar una de mis más grandes penas y el más cruel de los remordimientos de mi vida. Impulsado por éstos te voy á pedir un gran favor que fácilmente puedes prestarme sin que por ello desmerezcas á los ojos de tus jefes.

»Hace ocho años, dos después de la inesperada ruptura de mi casamiento, que entablé relaciones con una joven, cuyas condiciones eran inmejorables. Solamente tenía un defecto, ajeno á ella: su nacimiento. Era hija natural del príncipe K. que la atendió siempre con cariñosa solicitud.

»No tuve valor, por aquella circunstancia, de prescindir de los convencionalismos sociales y proponerle nuestro enlace. Tal vez la inexplicable ruptura de mi casamiento contribuyó á aumentar mi repugnancia á esta unión, pero no quise que el mundo creyera que obraba impulsado por el despecho; condena mi conducta y harás bien, pero no me reproches que bastante he sufrido.

»No dejó por eso de ser para mí una mujer irreprochable. Para su hija—pues dió á luz una niña hará unos tres años—fué una madre modelo, y digo que fué, pues acabo de saber que ha muerto de repente, á consecuencia de la rotura de un aneurisma. La gentuza en cuya casa vivía se han abstenido de comunicármelo, le han robado todo lo que tenía y yo me he enterado por una casualidad. Mi hija se encuentra en un abandono absoluto, mal alimentada, peor vestida, y lo que es más sensible, maltratada, maltratada por culpa mía que no he sabido ser más que un padre á medias.

»No quiero hablarte del dolor que me ha causado la muerte de H... á quien quisiera hoy llamar mi mujer, á costa del mayor sacrificio de mi vida, no quiero referirme más que á la niña, ya que la madre ha dejado de sufrir.

»Cuando recibas esta carta, pide la licencia; dí que estoy muy enfermo—y no mentirás puesto que este disgusto me ha hecho recaer y sufro como nunca.—Vas á la calle... número..., recoge la niña que se llama María, como nuestra madre; busca una niñera donde y como sea, puesto que en llegando á Menton la despediré, y con ellos ven en seguida, mañana mismo si puede ser, trayéndome lo único que me queda de mi dicha pasada. Si sucediera cualquier desgracia á esta inocente criatura, vería en ello un castigo del cielo, y moriría devorado por los remordimientos».

Un cheque á la vista de una cantidad importante, acompañaba á la carta con objeto de salvar todos los obstáculos, según añadía, como posdata, Pablo Averief.

Miguel creyó que soñaba, leyendo esta carta.

Su hermano tan comedido, tan serio, tenía una hija de tres años! Y he aquí por donde Miguel, teniente de la guardia, se veía con el encargo de llevar á esta niña al lado de su padre, de buscar niñera, de comprar ropa y todo lo concerniente á estos casos. Estaba aturdido. Por otro lado, la licencia, el pasaporte y sobre todo la niñera, esa niñera que había de buscar en veinticuatro horas.

¡Y Marta que lo esperaba el día siguiente!

Dejóse caer sobre una silla, descorazonado, pero inmediatamente se levantó para ir á pedir la licencia al coronel de su regimiento. Había que empezar por ahí.

La licencia le fué concedida sin dificultad; Miguel era el oficial más distinguido del regimiento.

Todas las formalidades de policía quedaron cumplidas, pero en lo concerniente á la niña empezó á encontrar algunas dificultades. La gente que tenía á su cargo la criatura desde la muerte de su madre, manifestóse reacia á entregarla, en espera tal vez de recompensa metálica; Miguel se vió obligado á amenazarla y este temor allanó todos los inconvenientes.

Cogió la niña, que emocionada, derramaba un mar de lágrimas, la metió en un coche y fueron recorriendo algunas tiendas para proveerla de ropa.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando Miguel recordó que todavía no tenía niñera para aquella sobrinita que el cielo le enviaba tan inopinadamente.

Se le ocurrió una idea luminosa; al ir á participar á Marta su viaje, le rogaría le enviase una criada, una camarera, una mujer, en fin, de su confianza que los acompañara en la excursión. Marta formaba parte de una junta de damas para la protección de niñas pobres. Dirigióse, pues, á casa del señor Milaguine.

El portal aparecía lleno de paja y papel de embalaje. Subió, penetró en todas las habitaciones sin ver á nadie y cuando, desesperado se disponía á salir, se encontró cara á cara con Paulina Hopfer.

—¡Ah! Paulina—dijo Miguel con acento de sincera alegría,—por fin os encuentro. ¿Dónde está el señor Milaguine?

—El señor Milaguine y sus hijas hace dos horas que marcharon al campo. Ya sabe usted que salían hoy. ¿No está usted invitado para comer mañana con nosotros?

—No, dijo tristemente Miguel, no puedo ir, me voy al extranjero.

—¿Al extranjero?—manifestó Paulina extra-

30286

UNIVERSIDAD DE TRUJILLO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE OCHOA"
TRUJILLO, PERÚ

ñada.—¿Estará usted mucho tiempo por allá?

—Espero estar de regreso dentro de quince días. Pero, ¿ya han marchado?—repitió Miguel consternado.

—Sí, y en seguida estaré yo con ellos. Espero el regreso del coche que ha de venir á buscarme; ¿no está abajo?

—Todavía no—contestó Miguel preocupado. Y de repente:—Paulina—le dijo—¿no conoce usted á ninguna niñera, á ninguna señorita de compañía?

—¿Una niñera?—contestó Paulina cada vez más asombrada. Creyó que Miguel se había vuelto loco.

—Sí, una niñera, una institutriz, una camarrera, una criada, todo viene á ser una misma cosa, dijo Miguel inocentemente.

—¡La misma cosa! He aquí otra ofensa que me pagarás—dijo para sí la irascible institutriz

—No, don Miguel, no conozco ni criada ni niñera. Y, ¿para que quería usted esta criada?

—Para una niña.

Miguel comprendió de repente, que había hablado demasiado y que esta niña, en su compañía, pudiera parecer extraño, mucho más cuando no esperaba encontrar en Paulina la misma discreción de Marta.

—Una huérfana... añadió.

—¿Para San Petersburgo?—preguntó Paulina intrigada.

—No, para el extranjero.

—Espere... sí, conozco á una—dijo Paulina, á quien se le había ocurrido una idea.—¿Qué sueldo le dará usted?

—No sé nada de esto; lo que se acostumbre en tales circunstancias...

—Cuatrocientos rublos y el viaje pagado si no se queda allí. ¿Y á dónde ha de ir?

—Cerca de Niza.

—Bonito país. Y... ¿qué edad tiene la niña?

—Tres años—dijo Miguel con repugnancia.

Parecióle que se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Muy bien, espéreme usted aquí, don Miguel, é iré á ver si puedo convencer á una conocida que es muy á propósito para el caso.

Miguel, desorientado, se sentó en una silla del salón desierto. El abandono en que había encontrado á su sobrina, la extrañeza del cochero al verle salir dando la mano á una niña harapienta; las correrías de tienda en tienda, la fisonomía particular de sus criados cuando le vieron entrar en casa con la criatura, la pregunta de su cocinera: «Pero, Dios mío, ¿de dónde sacáis esto?»; todos estos detalles le acudían á la memoria de un modo turbulento y desagradable.

En su deseo febril de complacer al hermano, no se le había ocurrido rodearse de ciertas precauciones, ocultar la niña, no hablar á nadie del asunto y mucho menos á esta alemana antipática de la que ligeramente desconfiaba. Pero el mal ya estaba hecho.

Además, ¡quién saber podía todo concluir bien...

Al cabo de una hora apareció Paulina acompañada de una mujer de media edad, con aire humilde y se presentó con el carácter de señorita de compañía, capaz de educar «á más de un niño.»

—Muy bien—dijo Miguel—¿está usted dispuesta á salir mañana?

—Si el señor quiere llevarme bajo su pasaporte, desde luego.

—¡Cosa hecha!—dijo Miguel admirado de ver resuelta esta dificultad.—Saldremos mañana por la mañana.

—Muy bien, señor. ¿Es preciso ir á dormir esta noche á su casa?

—¿Para qué? —contestó Miguel.— No tengo sitio. Venga usted á las ocho. Paulina—añadió dirigiéndose á ésta.—Tenga la bondad de decir á la señorita... al señor Milaguine quiero decir... Pero no, no diga usted nada; ya iré yo mismo, después de comer, á presentarle mis excusas por este viaje tan precipitado. Os agradezco las molestias que os he causado y nó sé como testimoniaros mi reconocimiento.

—Ya me lo agradecerá al regreso—dijo Paulina intencionadamente, acompañando á Miguel hasta la puerta.

—Escuche, Margarita—añadió dirigiéndose á aquella mujer que se había quedado en medio del salón;—ya comprenderá usted que por el solo gusto de prestaros un favor, no os he quitado de vuestra cocina, ni he procurado para usted un sueldo de cuatrocientos rublos en vez de ciento veinte que usted gana. Por lo tanto, espero me escribirá usted contándome todo lo que sucede por allá.

—No conozco bien la ortografía—dijo la cocinera, elevada por artes de Paulina á un grado superior.

—Escribame con la ortografía que sepa y no economice franqueza. Yo os daré sobres escritos con mi dirección, para que vuestras faltas no llamen la atención... de á quien nada le importa.

—¿Cree usted, señorita Paulina, que esa niña es hija de ese señor?

—Yo no creo nada y eso menos que lo demás. Si fuera su hija no sería tan estúpido—murmuró Paulina entre dientes y sin respeto á aquel hombre que había sido su idolo.

—Bueno, y ahora ¿qué es lo que tengo que hacer?—dijo Margarita.

—Ir á cenar donde á usted le parezca y no irse de la lengua—respondió su protectora dándole un rublo.

VI

Cuando Miguel entró en su casa para comer, se encontró á la niña tirada en el suelo, en un rincón, con los brazos caídos y en estado de aparente embrutecimiento.

—Desde que usted salió ha permanecido en esta postura—dijo la criada contestando á la pregunta de Miguel. ¿Es que se va á quedar en casa?

—No, no—exclamó Miguel dando un suspiro—mañana salimos para el extranjero.

—¿Para el extranjero? ¡Virgen santísima! ¿Y usted también? ¡Pero si no tiene usted su ropa preparada, ni me ha dicho nada...

—Iré sin ropa—dijo Miguel con impaciencia—denos usted la comida.

La criada obedeció. La niña comió poco: estaba asustada y tenía sueño.

—¿Y dónde va á dormir esta criatura?—preguntó la criada hecha un mar de confusiones.—Si no hay sitio.

—Que duerma contigo—replicó Miguel no menos abatido.

—¡Conmigo, en la cocina! vamos, señor...

Y miraba á Miguel con un aire interrogador.

—Pues que duerma sobre el sofá del salón.

—Resbalará y caerá.

—Ponle veinte sillas delante, si quieres—contestó Miguel impaciente—pero déjame tranquilo.

momento en que Miguel entraba, y el caballo obedeciendo la orden, levantó airoosamente la pata delantera de la derecha, inclinando varias veces su pequenísima cabeza.

Miguel, salvando el obstáculo que le impedía pasar, dirigióse á saludar el dueño de la casa. El señor Milaguine estaba como una amapola de tanto reír, y á todo el mundo le pasaba lo mismo; las conveniencias sociales de la ciudad dejaron su sitio á la libertad de la vida del campo; nunca se hubiera permitido Oghérof hacer semejante extravagancia en un salón petersburgués, pero en las Islas todo cambia de aspecto.

—Muy bien—dijo un oficial dirigiéndose al príncipe;—has hecho subir al caballo. pero ¿cómo harás que baje?

—En efecto—añadió Marta riendo;—su caballo no debe terminar sus días aquí, por más atento que sea concluyó diciendo, acariciando al noble bruto que la miraba con ojos brillantes é inteligentes.

—Esto queda de mi cuenta—contestó Oghérof;—Marta, ¿tendría usted un terrón de azúcar?

—Ya lo creo—respondió la joven.

Y al volverse, se encontró frente á Miguel á quien todavía no había visto.

—¡Usted aquí, Miguel!—le dijo ruborizándose ligeramente.

—Sí, señorita... tengo algo que decirle... No podrá venir mañana.

—¿Cómo es eso? ¡Me lo ha prometido usted!

—Ciertamente, pero escúcheme, Marta, un serio impedimentol..

El caballo hizo un ademán brusco.

—Marta, gritó el señor Milaguine, di que traigan el azúcar, pues si no, nos va á devorar á todos este caballo.

—En seguida vuelvo: dijo Marta á Miguel; ya me explicará usted... Y desapareció.

—Señores; mi caballo es mucho más inteligente que una persona humana—dijo Oghérof;—no aceptará el terrón de azúcar sino de la mano más blanca, más delicada, mejor hecha y cuya dueña merezca el ser adorada de todos ustedes. Pruébenlo á ver si me equivoco.

Entre las risas de todos los presentes, el terrón de azúcar fué presentado al caballo sucesivamente por un oficial, por Nastia, por Paulina, por el señor Milaguine y por último, por Marta, de cuyas manos aceptó el caballo lo que había rehusado de las otras. Se aplaudió con entusiasmo y el señor Milaguine, negro de risa, se echó sobre un sillón.

—Ahora, amigo mío, es menester salir de aquí—dijo Oghérof al caballo que escarbaba el suelo en señal de impaciencia.—Marta, ¿pordónde quiere usted que salgamos? ¿Por la puerta ó por la ventana.

—Por donde usted quiera, príncipe, siempre que no haya ningún peligro—respondió Marta, cuya risa había cesado.

Poco acostumbrada á recibir en público tales homenajes, ignoraba—digámoslo en su excusa—que el pobre animal, acostumbrado á estos ejercicios los había hecho una y cien veces á toda ese enjambre de actrices con cuya amistad se vanagloriaba el príncipe.

—¡Peligro! dijo Oghérof, no hay tal peligro.—¿Prefiere usted la puerta? ¿Quiere que sea por la ventana?

—Por la puerta, desde luego—contestó Marta un poco confusa al ver que era el blanco de toda la reunión.

—¡Eso no es tan fácil!—hizo observar Miguel.

—¡No importa!—respondió Oghérof haciendo un gesto de indiferencia. Y de un salto montó á caballo.

Marta no pudo reprimir un grito al ver las cabriolas que hacía el caballo excitado por su jinete. Salvó la puerta, atravesó el recibidor y llegó hasta la galería seguido de toda la concurrencia. Oghérof detuvo el caballo al borde del primer escalón.

—Atención—le dijo al noble animal, acariciándolo,—á ver si tienes talento.

Después, afirmándose en los estribos dirigió un saludo á Marta que seguía inquieta todos sus movimientos.

—¿Va usted á saltar?

—Así lo ha querido usted. Todo por las señoras. Hurrá gritó espoleando al caballo.

Un grito general acompañó á este movimiento.

Marta se cubrió el rostro con las manos. Cuando se las quitó, ya regresaba Oghérof al trote corto de su caballo, recibiendo las felicitaciones de la concurrencia.

Miguel no pudo cambiar dos pa'abras con Marta en toda la noche. La proeza de Oghérof era el pábulo de todas las conversaciones.

Dieron las once; recordó Miguel que no tenía arreglada la maleta, ni preparado nada para su viaje del día siguiente y que no había ido á la casa de banca á cobrar el cheque enviado por su hermano.

Deseaba que se hubiera marchado Oghérof que estaba muy asiduo con Marta y que con sus originalidades acaparaba la atención de todos; pero como todo esto no llevaba visos de terminar, renunció á toda explicación íntima con Marta y tomó el partido de dirigirse al señor Milaguine.

—He venido á excusarme—le dijo,—porque no podré tener mañana el honor de comer con ustedes.

—Pero si mañana es el cumpleaños de Marta!

Oghérof nos ha prometido quemar un ramillete de fuegos artificiales.

—Tengo que sa'ir para el extranjero—respondió Miguel con seriedad;—mi hermano está muy enfermo y me llama con urgencia. Dentro de quince días estaré de regreso.

—¿Ha empeorado su hermano? ¡Cuánto lo siento!—dijo Milaguine. Pero corre peligro.

—No, no, respondió Miguel, no hay que temer peligro alguno, pero desea verme con urgencia; tiene algo que decirme,—añadió el joven un poco embarazado.

—¡Vaya, vaya, amigo mío! Pero antes de irse haga las paces con mi hija; no le gusta que le falten á la palabra.

—Si usted me lo permite... balbuceó Miguel celebrando haber encontrado este pretexto para hablar con Marta reservadamente.

Encontró á la joven en el comedor. Los criados iban y venían preparando la mesa para una cena improvisada.

—Marta, le dijo—mientras que ella le miraba fijamente—puede usted tener la seguridad de que me marchó en contra de mi gusto.

—¿De modo que no vendrá usted mañana?—le preguntó con insistencia.

—No puedo, salgo para el extranjero, á ver á mi hermano que me llama para un asunto urgente... y que ha recaído en su enfermedad,—añadió después de un minuto de reflexión.

—¿Está de peligro?

—No—dijo Miguel sintiendo en esta ocasión no poder decir que sí.

—Pues entonces, salga pasado mañana.

—No puedo.

—¿Aunque yo os lo suplique?—dijo Marta dirigiendo su mano involuntariamente hacia el brazo de Miguel.

El estado de su espíritu era tal que sintiendo la necesidad de rogar, se consideraba al mismo tiempo herida en su amor propio por una negativa tan rotunda y á su juicio tan poco justificada. Miguel no contestó, aunque no dejaba de mirarla con ojos suplicantes.

—¿Va usted con alguien?—añadió Marta, —le acompaña algún amigo?

—No, Marta, no, ningún compañero.

—Pues entonces...

—Os ruego no insistáis, permóneme usted; dentro de quince días os daré explicaciones...

—No me considero con derecho á pedir ni aceptar explicaciones, —respondió Marta con acento un poco altanero al que contribuyó el pensar que se había extralimitado.

—Si usted supiera...

—Lo único que sé es que os he suplicado que aplazaraís vuestro viaje por veinticuatro horas con objeto de que asistáis á la fiesta de mañana, y que usted ha rechazado mi súplica, sin que la salud de su hermano exija tamaña rapidez en el viaje.

—Marta, contestó Miguel con tono desesperado, para complaceros daría mi vida, haría muchas más proezas que ese loco de Oghérof... pero no puedo aplazar el viaje. Ya os explicaré la causa.

Marta marchóse lentamente. Paulina entró.

Del primer golpe de vista notó la altivez herida de la joven y el aire suplicante de Miguel y crevó oportuna su intervención.

—Márchese tranquilo, don Miguel, que yo os disculparé—le dijo en voz baja;—no he tenido tiempo todavía de contarle vuestra visita de este medio día, pero mañana quedará todo arreglado.

Una idea se le ocurrió á Miguel. Dió las gracias á Paulina, le apretó la mano y se fué tras de

Marta á la que alcanzó cuando se disponía á entrar en el salón.

—Hasta la vista, le dijo tendiéndole la mano. Marta alargó la suya.

—Aun á riesgo de que me oigan, volveré para deciros que os amo—añadió Miguel.

Marta retiró la mano bruscamente y volvió la cabeza.

—Hasta la vista, señor Milaguine—dijo Miguel, —tendré el gusto de venir mañana por la mañana á felicitaros.

—Muy bien, amigo mío, muy bien. Ya sabe usted que tengo siempre una especial satisfacción en veros; pero, por si acaso, salude en mi nombre á su hermano.

Ya habian dado las dos y medida de la madrugada cuando Miguel se metió en la cama después de haber puestas en orden sus documentos y metido algunas prendas de ropa en la maleta. Antes de acostarse quiso ver á la huérfana. Durmiendo había ido retirando las sillas y había caído en la alfombra sobre la que dormía como si estuviera en un lecho de plumas. Miguel la levantó con mucho cuidado, la volvió á acostar en el sofá, la tapó, la besó y se retiró de puntillas.

—¡Uf!—dijo metiéndose en la cama,—afortunadamente concluirá esto pronto; si tuviese que durar ocho días, me volvería loco.

Al día siguiente, se despertó Miguel bajo la impresión de que había perdido el tren. Saltó de la cama y miró el reloj. Eran las diez y media.

—¿Por qué no me has despertado?—gritó á la criada.

—No me dijo usted nada—respondió ésta;—como ha retirado tan tarde y no sale hasta la una, pensé que lo mejor que podía hacer era dejarle descansar. El té lo tiene usted á punto y el almuerzo servido.

Maldiciendo cien veces el interés de sus criados que había respetado su sueño, vistióse en cinco minutos recordando que aun tenía que hacer unas cuantas diligencias.

Entregó la niña á la niñera que había sido puntual en su llegada y se dirigió á casa de un jardinero, encargándole el mejor de los bouquets que hubiera hecho en su vida; dió la dirección del señor Milaguine con una tarjeta suya en la que escribió con lapiz: «Un retraso completamente involuntario me imposibilita ir á saludaros. De hoy en quince os explicaré lo sucedido. Recibid mis respetos y mi felicitación»; tomó todo género de precauciones para que el bouquet llegara á su destino; terminó del modo que pudo sus otras diligencias y volvió á casa.

Una hora después, llegaba á la estación, en el preciso momento en que sonaba el pito de marcha y tomando un compartimiento de primera, entró en él con la niña y la acompañante.

VII

Marta durmió muy poco aquella noche. A las siete de la mañana ya se había levantado, con gran extrañeza de Nastia que dormía en la misma habitación y á quien se le había imbuido la idea de que los días de fiesta no debe nadie levantarse temprano, volvió la cabeza del otro lado y se quedó dormida nuevamente.

Marta, satisfecha de estar sola, empezó á vestirse poniendo en ella extremada atención.

Su bata de mañana, blanca y vaporosa, le caía á las mil maravillas; se miró al espejo, sonrió y

descendió al jardín llevando en la mano un libro que no leía.

Dieron las ocho, las nueve, las nueve y media. Nerviosa, empezó á pasear por las avenidas del jardín, para distraer su impaciencia. Desde hacía dos horas esperaba el momento en que apareciese Miguel por el gran camino que bordeaba el Neva. Lo veía de lejos en su imaginación, aparecer, reconocerla y apretar el paso.

Las últimas palabras del joven oficial le habían llegado á lo más profundo del alma.

Se reprochaba interiormente haberlas provocado con su mirada, se avergonzaba de su debilidad y ruborizábase al pensar que sus ojos habían despegado los labios de Averief. Creyó haberse faltado á sí misma arrancando esta declaración y parecióle una debilidad criminal el haber manifestado sus sentimientos.

Arrepentíase de la insistencia con que había indicado á Miguel sus deseos de que viniera aquel día, pero no había sabido ser dueña de sí misma; desde hacía mucho tiempo daba á la presencia de este hombre una especie de importancia supersticiosa; se sentía feliz cuando estaba Miguel en su casa, y le parecía que le iba á pasar algo desagradable cuando notaba que no iba á visitarla en los días durante los cuales creía ella que no podía faltar.

Sumida en estas reflexiones caminaba lentamente por la avenida que circundaba el jardín. Las aguas del Neva bañadas por un sol espléndido brillaban ondulantes; las islas, convertidas en macizos de verdura, reflejaban en el agua sus casitas blancas, y el viento de la mañana acariciaba las mejillas de Marta tan delicadas como las hojas de una rosa.

Sentíase feliz y al mismo tiempo turbada; tenía el íntimo convencimiento de que en este día se